

# Ambivalencia ética del dinero

Rafael Larrañeta

Profesor Titular de Filosofía  
de la Universidad Complutense de Madrid.

Amparándose en la pretendida neutralidad científica de sus parámetros y protegiendo los datos en una especie de arcano intocable, los economistas se muestran reticentes a dejar escapar de sus manos las cuestiones propias, lo que origina numerosos problemas en otras áreas del pensamiento y de la praxis social. Eso es lo que acontece con el dinero, que ha pasado de ser un mero instrumento de las complejas y abstrusas relaciones comerciales a convertirse en el sustituto por excelencia de la realización ética. Intentamos mostrar en pocas líneas cómo el dinero, pese a su aparente anomía, pone en juego estructuras claves de la convivencia cívica. Urge restablecer líneas de investigación o de simple inquietud humana en pro de nuevas alternativas.

1. La humanidad ha practicado siempre el trueque de mercancías con bastante espontaneidad, aun contando con que a menudo se intercambiaron gentes —en lugar de cosas— y sin ignorar, como decía Nietzsche, que los protagonistas medían en el proceso mercantil su propio valor personal.

La economía de intercambio jugó un papel primordial en las sociedades. La existencia de mercados implicaba un trato abierto con otros grupos, lo que conllevaba respeto mutuo y la inexis-

tencia de hostilidades tan frecuentes entre los pueblos de todos los tiempos. Lévi-Strauss apuntaba a la reciprocidad como el fin último de todo el sistema de parentesco, en el cual las mujeres constituían los dones mutuos. En todo caso, los lazos comerciales suponían y siguen suponiendo una atmósfera de paz.

¿Qué papel juega el dinero en esta historia de la economía social? Aristóteles, los economistas clásicos Adam Smith y D. Ricardo, críticos de distinto signo tal que K. Marx, G. Simmel o el propio J. K. Galbraith, no cesan de repetir idéntico mensaje: tanto el metal (u otros objetos) como la moneda y el dinero cumplen la función única de ser agentes universales del intercambio de bienes económicos. Más fino y, acaso más atrevido desde la perspectiva ética, Simmel asegura que el dinero sella la vida social con vínculos sustanciales de interdependencia y correlación. La *fides* inscrita en ciertas monedas antiguas refleja con nitidez el mensaje de confianza para los usuarios del llamado «vil metal», es decir, para todo el orbe conocido. ¡Oculta grandeza del dinero, que pocos conciudadanos logran intuir y admitir!

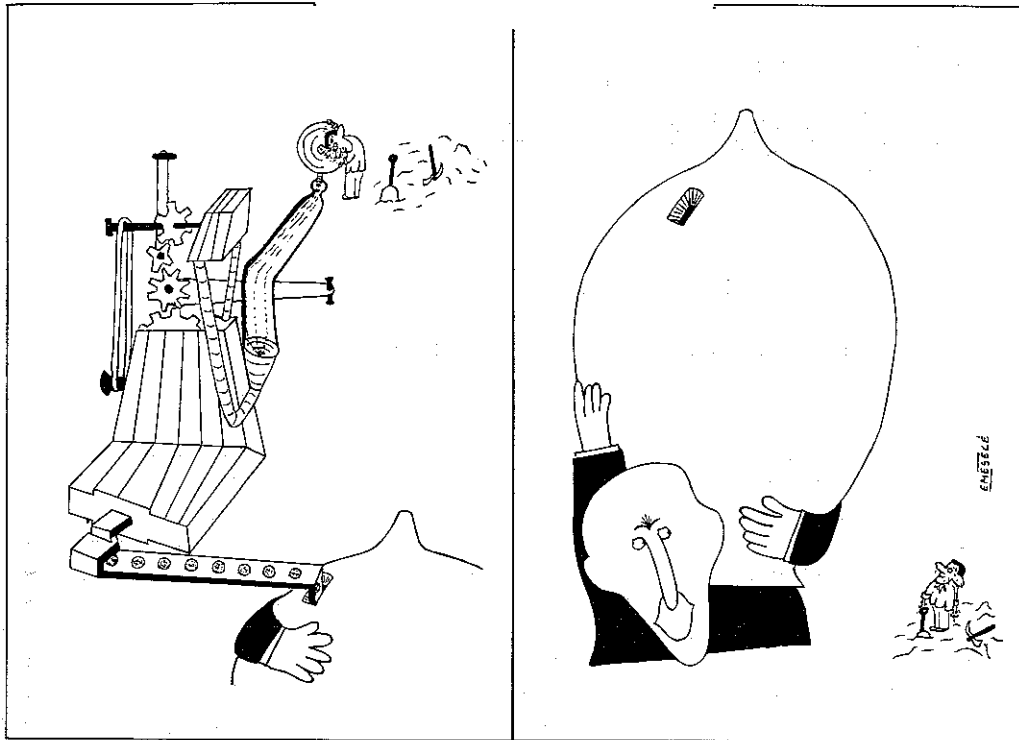
2. Frente a estas dimensiones positivas del dinero, los tratadistas no desconocen diversas facetas

sombrías que se repiten a través de todas las etapas de la historia.

Sobresale, en primera instancia, la capacidad del dinero para *enmascarar* el valor «real» de las cosas. Algunos productos se cotizan a altísimo precio, aunque carezcan de utilidad provechosa inmediata (objetos preciosos, adornos). Otros, en cambio, están prácticamente desprovistos de valor mercantil (aire, agua, sal), pese a su perentoria necesidad.

Marx se encargó de poner de relieve el asombroso poder del dinero para fetichizar las mercancías y hacer creer a los sujetos que la verdadera medida de los valores intercambiados viene dada por el dinero. Falaz conclusión, denuncia el autor de *El Capital*. El precio auténtico de las cosas no se corresponde con su valoración en el mercado, sino con el trabajo humano incorporado a ellas. El dinero se encarga de distorsionar el criterio de los compradores, de tal modo que éstos no descubran jamás, tras el contrato de compra-venta, el esfuerzo y las demandas vitales de quienes han fabricado la mercancía.

Aun sin olvidar que, de hecho, se ha transformado en medio privilegiado para la dominación del hombre sobre el hombre, en la cuenta de débitos resta una larga lista de abusos. El mercado se ha tornado con reiterada frecuencia en escenario del engaño sistemático, donde el vendedor intenta



aprovecharse por sistema de la buena fe del comprador. Desaparecen así los lazos de reciprocidad y se destruye para siempre el marco tradicional de pactos tan duraderos como el matrimonio o las alianzas políticosociales y religiosas. Por otro lado, el dinero ha conducido a la desvirtuación del verdadero valor de las cosas, de su sentido primario y natural, ése que ahora intentan recuperar los movimientos ecologistas.

**3.** Los tiempos que corren han acentuado esas tendencias negativas. El ideal del dinero como meta primaria de la vida o, al menos, como finalidad directa del trabajo personal supera en preferencia a cualquier otro propósito de las generaciones jóvenes. El dinero se ha adueñado de la vida posmoderna y ocupa el puesto supremo en el escalafón de la sociedad contemporánea.

En el sistema de equivalencias sociales el dinero reina como medida universal de una manera mucho más generalizada que antaño.

De nada sirve el escándalo por la codicia insaciable de comerciantes, deportistas, políticos, profesionales de diferentes campos. Ese discurso no halla ningún eco en el mundo actual.

Por si fuera poco, el sistema capitalista se ha declarado vencedor absoluto en la contienda con el resto de los esquemas socioeconómicos. El afán de ganancia, el deseo de acumular más y más dinero para quien ya lo posee, se identifica ahora con el ideal de libertad y democracia, esto es, con el mercado «libre». Este triunfo del lucro económico, optimizado como legítima aspiración generadora de grandes beneficios sociales, conlleva el apagamiento de otros ideales tenidos por anticuados, pero que tantas veces echamos de menos.

**4.** No debe faltar en esta mínima cita con el dinero una llamada al optimismo. Inspiradores del anarquismo como Proudhon y autores de utopías tan recientes como Skinner quisieron huir del poder absoluto del dinero proponiendo sistemas alternativos (Banco del Pueblo, créditos de trabajo). La tarea es difícil y delicada. Conscientes de que no cabe, por el momento, una sustitución de tan poderoso instrumento de cambio, hacemos dos sugerencias para reconducir el dinero a sus dimensiones reales: primera, desmitologizar el valor del dinero en todas sus vertientes políticas y económicas, combatiendo cualquier absolutización del mismo en las distintas esferas de la vida. Segunda, devolver el dinero a su papel original de vehículo de reciprocidad, e incluso de comunicación y de *solidaridad*. Los jóvenes del próximo milenio agradecerán nuestro empeño. **A**